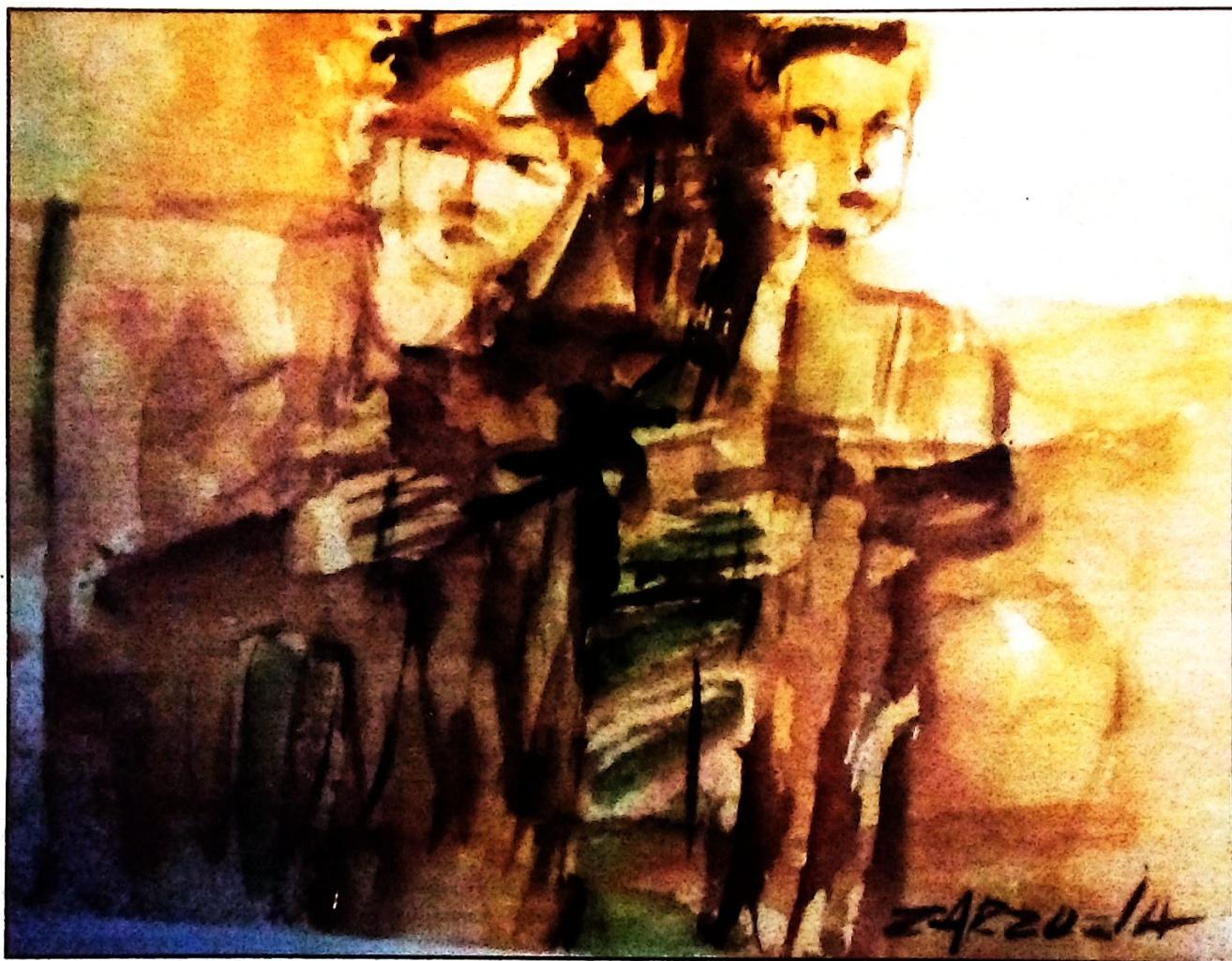




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Guillermo Céspedes • La Rochefoucauld • Tambor Vargas • Lupe Cajías • Gonzalo Lema  
Milan Kundera • H.C.F. Mansilla • Fernando Suárez • Isaac Bashevis  
Octavio Paz • Jorge Órdenes • Alberto Villalpando

**LA PATRIA**  
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXII n° 548 Oruro, domingo 25 de mayo de 2014

FUNDACION  
  
ZAFRO  
CULTURAL





Curiosidades  
Técnica acuarela 30 x 40 cm  
Erasmo Zarpuela

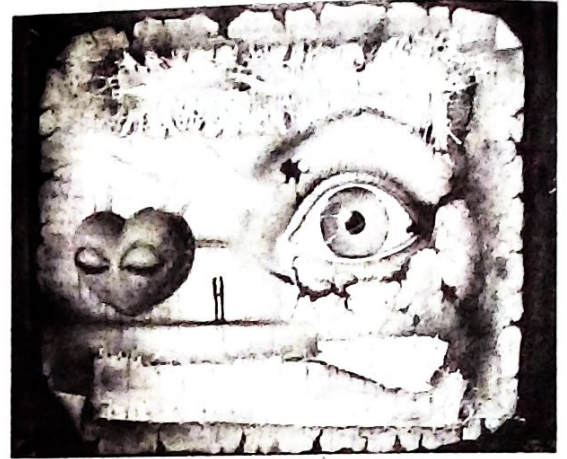
## El pintor que murió al atardecer

El tiempo siguió rodando, los cerros se hacían más viejos y el único que permanecía inmutable, sólido como la eternidad, era el Illimani. Luego, llegó la noticia de que Guzmán de Rojas se había suicidado el 14 de febrero de 1950. Quisimos seguir sus huellas, y fuimos recordando su postrer camino. Llegamos al pequeño muro derruido donde se sentó a observar la tarde agonizante. El paisaje era imponente. Era la última visión que debía llevarse un verdadero artista. Las montañas nevadas, al fondo una ronda de cerros grises y desnudos. Una romería de nubes de color rondaban sobre la altiplanicie.

Guzmán de Rojas debió sentir el cansancio de vivir. No dejó ninguna explicación ni hubo un motivo aparente para terminar la jornada en forma tan terrible. Tal vez, en uno de sus tremendos alibajos de su carácter, sintió que era inútil seguir adelante, que estaban cerrados todos los caminos y que sólo quedaba una etapa más que descubrir. El potosino, de quien se dijo alguna vez que había descubierto un tesoro, defendido por obispos muertos hace siglos, se fue voluntariamente de esta vida, sin apresuramiento ni pena...

**Guillermo Céspedes Rivera. Periodista.**  
Suplemento Literario de "El Diario" - La Paz 1969.

## Del amor y de la vida



El amor es una imagen de la vida: uno y otra están sometidos a las mismas revoluciones y a los mismos cambios. Su juventud está llena de alegría y de esperanza: nos sentimos felices de ser jóvenes como nos sentimos felices amando. Este estado tan agradable nos conduce a desear otros bienes, y se los quiere de los más sólidos: no nos contentamos con subsistir, queremos hacer progresos, nos ocupamos de los medios de progresar y de hacer fortuna de un modo seguro; se busca la protección de los ministros, nos hacemos útiles a sus intereses: no podemos tolerar que nadie aspire a lo que nosotros aspiramos. Esta emulación es cruzada por mil cuidados y mil penas, que se borran por el placer de verse restablecidas de nuevo; todas las pasiones son entonces satisfechas, y no se prevé que se puede cesar de ser feliz.

Esta felicidad es no obstante rara vez de larga duración y no puede conservar mucho tiempo la gracia de lo nuevo; por tener lo que hemos deseado no dejamos de desear aún. Nos acostumbramos a todo lo que nos pertenece: los mismos bienes no conservan el mismo precio, ni deleitan siempre del mismo modo nuestro gusto, cambiamos imperceptiblemente, sin darnos cuenta de nuestro cambio; lo que hemos obtenido se torna una parte de nosotros mismos: nos afectaría cruelmente perderlo, pero ya no somos sensibles al placer de conservarlo; la alegría ya no es viva; se busca fuera de preferencia allí donde tanto se ha deseado. Esta inconstancia involuntaria es un efecto del tiempo, que prevalece, a pesar nuestro, sobre el amor, como sobre nuestra propia vida: insensiblemente va borrando cada día un poco de nuestro aire de juventud y de alegría, destruyendo en todo ello los encantos más verdaderos, se adoptan maneras más serias, se amalgaman los asuntos a la pasión; el amor no subsiste ya por sí mismo, y tiene que buscar socorro fuera de él. Este estado del amor representa la inclinación de la edad, gracias a la cual se empieza a ver por dónde se debe acabar. Pero no se tiene la fuerza necesaria para acabar voluntariamente, y en la caída del amor como en la caída de la vida, nadie puede resolverse a prevenir los sinsabores que aún quedan por sufrir, se vive aún para los males, no se vive ya para los placeres. Los celos, la desconfianza, el temor de cansar, el recelo de ser abandonado, son penas unidas a la vejez del amor, como las enfermedades van unidas a una duración larga de la vida; no se siente ya que se está vivo sino porque se siente que se está enfermo, y no se siente tampoco que se está enamorado sino a causa de sentir todas las penas del amor. No se sale del sopor que causan los largos afectos, sino en virtud del despecho y de la pena de verse siempre atado; en fin, de todas las decrepitudes, la del amor es la más insoportable.

**Francisco VI, duque de La Rochefoucauld.**  
Francia, 1613 - 1680.

el duende  
director: lais urquieta m.  
consejo-editor: benjamín chávez c.  
erasmo zarpuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david illanes  
casilla 448 telfa. 5276816-5298500  
elduende@zofro.com  
lurquieta@zofro.com

[www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende](http://www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende)



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas, tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.





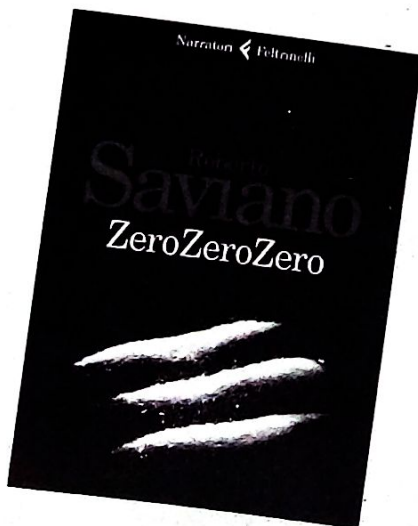
*Desde mi rincón*

## Tres ceros

VICENT PARTAL MONTESINOS

Sigo el camino de dar a conocer textos periodísticos ajenos. Lo hice en el pasado con textos y temas más o menos alejados de nuestras rutinas; porque estoy convencido de que sólo puede aspirar a referirse a 'la realidad' quien demuestre haber mantenido también un interés habitual por las realidades 'ajenas'. Pero en este caso no se trata de una realidad 'ajena', sino de una realidad que nos toca de muy, muy cerca. Aunque haya quienes no se quieran dar por enterados; o peor aún, que quieren evitar que los demás, la mayoría, no caiga en la cuenta del enorme problema que tenemos; por ejemplo, pretendiendo convencer de que no hay tal problema; o que el problema está en considerarlo un problema. Claro que con juegos de palabras no se resuelven los problemas verdaderos: ni éste ni ningún otro.

De por medio está un libro muy reciente del escritor y periodista napolitano Antonio Saviano, *ZeroZeroZero* (Milán, Feltrinelli, 2013). A juzgar por lo que ha sucedido con otras obras del mismo autor, actualmente ya debe estar traducida a algunas decenas de lenguas; para la española, éstos son los datos: *CeroCeroCero*. Cómo la cocaína gobierna el mundo (Barcelona, Editorial Anagrama, 2014, 496 p., 22). El texto-comentario que sigue acaba de publicarse en el diario *El Punt Avui* (8.4.14), en el que Partal acude semanalmente con una columna. Es obvio que Partal se refiere a las bondades de la versión catalana de la obra (una de las más vendidas en la última Feria de Sant Jordi, el pasado 23 de abril). Aunque no conozco qué se ha dicho de la edición española de Anagrama; pero, tratándose de una editorial que tiene acreditada la profesionalidad de sus traducciones, podemos esperar un producto de calidad. (TAMBOR VARGAS)



Les recomiendo que salgan a la calle y compren un libro: *CeroCeroCero*, de Roberto Saviano. El volumen es un retrato implacable y durísimo de cómo la cocaína se está convirtiendo en el centro de la economía mundial. Es una lectura angustiada y desesperante. Pero lúcida. Saviano no es un cualquiera. Desde hace años vive oculto y rodeado de policías que lo protegen. Empezó denunciando su propia mafia y ahora ha hecho un retrato demoledor de cómo las mafias del mundo, todas, se están uniendo en torno al tráfico de cocaína. Una mercancía que tiene clientes incluso en medio de la más grave de las crisis económicas, que ha articulado un sistema de *brokers* y de negocios que desdibujan los límites entre la economía legal y la criminal, y que es una de las amenazas más graves que podemos imaginar.

El libro es periodismo. Pero salpica con fragmentos literarios cortos que tienen un valor enorme. Saviano se lanza a ellos y Pau Vidal los traduce con una excelencia que debe subrayarse. No siempre el traductor es un traidor y a veces, además, ha de resolver notables apuestas. ¿Cómo traduces, por ejemplo, el lenguaje de un *cappo* siciliano que mezcla dialectos y lenguas sin ninguna regla fija? Me gustaría encontrar el original italiano para compararlo, pero la atmósfera que se dibuja en la versión catalana, resulta muy creíble, que es lo mejor que se puede decir.

Pero el problema que Saviano pone sobre la mesa es de una crudeza angustiante. Y, sinceramente, una vez leído el libro no puedo ni imaginarme qué solución puede tener todo esto. ¿Qué forma hay de controlar, detener y desmontar este monstruo que cada vez manda más sobre nuestro mundo? Saber que el monstruo existe es el primer paso y en esto Saviano ha marcado un antes y un después.

*DESDE LA BUTACA*

## Los Cazorla cuentan historias

Aquel viaje fue intenso. Como siempre, desde mis 16 años, recorrer Oruro de noche, sus suburbios y callejuelas, los cerros y las cantinas mineras, llenaba de personajes mi libretita roja. La última noche había conocido con un amigo periodista los recovecos de las prostitutas callejeras, ya 10 grados bajo cero! Casi todas regordetas y abrigadas con gorros de lana y ponchos anchos, frotando las manos en improvisados braseritos a la espera de un cliente. Su único atractivo sensual eran las medias de lana caladas y apretadas a sus generosas caderas. Imaginaba los esfuerzos del urgido de amor para desvestirse aquellas mujeres, tan lejanas a las desnudeces y jocosidades carnavales.

Al amanecer debía partir a Chayanta y por eso aproveché el tiempo para conocer algo más de mi patria. Más triste que impresionada acepté desayunar en el democrático mercado popular orureño. Entonces era posible compartir entre muchos un apicito morado y nadie temía por su cartera; atrás, los borrachitos se limitaban a murmurar, a reír en soledad o a dormir sin molestar a nadie.

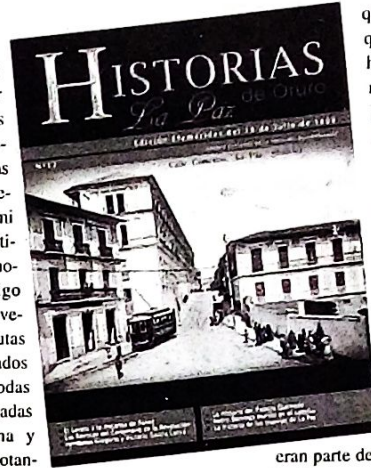
Entonces mi amigo Jorge me comentó de un muchacho, casi imberbe, que combinaba el interés por el periodismo con la inquietud de juntar piezas para reconstruir la historia orureña o, por lo menos, mantener su memoria colectiva.

El retomar de las minas, después de una conferencia para los periodistas, fuimos presentados. Fabrizio Cazorla me contó sobre sus muchos recortes de prensa, revistas, fotografías y recuerdos acumulados en su casa y me invitó a tomar té.

¡Quedé maravillada! Entré al zaguán típicamente orureño, bordeado de geranios rojos y blancos en macetas improvisadas de verdes latas de manteca. En las paredes del corredor de antaño colgaban fotografías de la Belle Époque orureña y retratos de personajes, quizá familiares, que podríamos imaginar con sus muchas biografías noveladas en los años 50 de la capital minera del estaño.

También conocí a la madre, culta y orgullosa del esposo y de la prole intelectual, con mandilillo coqueto y de cabellos ondulados de antigua moda, quien nos sirvió el té. Es decir, nos invitó a refugiarnos en costumbres que poco a poco se pierden, sobre todo en La Paz. Tomar té como en la niñez, en tasas grandes con adornos de pajarillos o de flores, té a granel, agua hirviendo, pan fresco, mantequilla, mermelada, queso blanco.

Fui feliz, aunque ni mis anfitriones creían mi contento. Para mí fue un repaso sabroso por la historia de lo cotidiano, las biografías que cada vez interesan más a la historiografía



que recién se da cuenta que la historia de la humanidad no se puede resumir en batallas y héroes llenos de medallas.

Comprendí que Fabrizio y su hermano Maurice se alimentaban de la memoria de su pueblo desde la casa paterna y que cada espacio de su territorio, cada momento vespertino, cualquier sobremesa y los muchos papeles en los baúles

eran parte de su trabajo.

La familia protagonizó durante años la búsqueda sistemática de la historia orureña, desde la magnificencia del desarrollo minero y metalúrgico, las orquestas típicas, los campeonatos de bicicleta, los equipos deportivos, las reinas de belleza y, obviamente la fiesta, la diablada, el carnaval.

Ellos trabajaron desde la función pública y también con iniciativas privadas para difundir al país y al mundo la importancia de su pequeña patria, sobre todo durante las primeras cinco décadas del Siglo XX.

Uno de sus trabajos más constantes es la publicación de la colorida revista "Historia de Oruro", cuyo último número se presentó en febrero en diferentes capitales del país y en La Paz contó con el auspicio del Espacio Simón Patiño. Como cada número, la revista indaga sobre los patriotas y las fechas cívicas orureñas, las actividades sociales y la fiesta.

En el acto realizado en Sopocachi, además fue proyectado un pedazo de película centenaria en la cual se pueden ver los primeros diablos de la centuria y el público pueblerino apostado con holgura en las anchas veredas de la Plaza 10 de Febrero.

También fue anunciado el programa de turismo cultural que ofrece la familia cada primer martes de mes. Un programa truculento que empieza poco antes de la medianoche y culmina en la madrugada, para caminar del brazo de los misterios orureños, las leyendas, los mitos por los recovecos y pasajes de la mítica capital del folklore boliviano.

La revista se vende en los puestos de libros en el pasaje Marina Nuñez del Prado en el centro histórico paceño. Se puede reservar plazas para el pasco mensual; el próximo número imperdible para conocer un poco más de la Bolivia profunda.

**Lupe Cajías de la Vega.**  
 La Paz, 1955.  
 Escritora, biógrafa e historiadora.





Dos notas de Gonzalo Lema

## La herida abierta

Quizás el momento más conmovedor de mi vida haya sido dado ante la presencia sin igual del Cerro Rico de Potosí. Eran mis lejanos tiempos de la corte electoral y yo era un principiante de adulto que absorbía sediento cuanta historia se me ponía en el camino. Y en esa oportunidad de fantasía se me puso al frente el Cerro y nos miramos a los ojos, enamorados, hasta que derramé mi llanto.

Inútil fue mi afán por hallar en sus laderas vestigio alguno del indio Huallpa. Los siglos de tiempo son capaces de todo, inclusive de borrar sin misericordia las huellas de la memoria. Pero ese día de 1545 comenzó esta historia que aún no termina, cuando la plata se mostró sencillamente a flor de piel y la noticia navegó pronto por el mundo poniendo fin a la leyenda de El Dorado y cimentando para siempre el nombre y la riqueza real de Potosí. Lo nuestro no era un mito, sino la base misma de la Colonia, en su afán de lucro, y la síntesis exacta del por qué de la presencia española en la América.

Desde entonces es que el mundo sabe de nosotros. ¿A quién hubiera extrañado que nos llamáramos República del Potosí? A propósito de su presencia se fundó la Audiencia y luego también se fundó la patria. Pero no sólo eso: se fundó nuestra forma de ser aunque esto nos parezca extraño.

La mentalidad del saqueo se desbordó de inmediato y, apenas unos años después, Potosí y su Cerro habían generado un desorden comparable, a la distancia, al descubrimiento de oro en California y Australia. Lo que ayer lucía como un páramo se convirtió, sin más, en una hojarasca de gente y viviendas abigarradas capaces de asombrar a cualquiera. Así nació esta ciudad que bien podríamos considerar, de una buena vez, la más bella de Bolivia. A falta de una fundación de estilo, se erigió preciosa la presencia de su Cerro y eso fue más que suficiente. El Cerro convocó a la gente y la gente a la iglesia y se hizo la vida en sus callejas hasta el mismo día de hoy.

¿Por qué los bolivianos no viajan a conocer el Cerro Rico? ¿En qué momento dejó de conmovernos? Una insólita teoría indica que, fieles a la mentalidad heredada, los bolivianos prefieren visitar los centros que no les recuerde absolutamente nada de su triste historia. Esa apuesta—vivir sin recordar—ha trisado nuestro cuerpo social como si se tratara de un cristal de Bohemia: las regiones emergentes se consideran libres—lo dicen—de toda culpa frente a los fracasos nacionales. Enormes bolsones de gente ya no quieren saber del derrotero del proceso social, de sus encuentros y menos de sus desencuentros, y el país se tambalea siempre debido a que todos nos damos la muda espalda. El ayer no nos pertenece. Nosotros somos hijos del tractor, no de la mina... Pero la afirmación peor es aquella que discrimina: la pobreza está allí, no aquí. Así, pues, es muy difícil construir

sociedad.

El tema de nuestra historia nos lacera el alma. Nos han enseñado que el cercenamiento territorial de nuestro país fue producto de la mediocridad que nos caracteriza, de nuestra imposibilidad de ver el futuro y de ejecutar bien tareas del presente. Pero en realidad debían enseñarnos que Bolivia se fundó cuando todos los países circundantes ya estaban constituidos, que siempre fuimos muy pocos y jamás alcanzamos a poblar nada, que el mar nos quedaba lejos inclusive cuando era nuestro, y que la Colonia sólo se desarrolló debido a la presencia del Cerro. ¿Alguno de nosotros piensa que todo hubiera sido igual sin su presencia? La vida siempre giró en torno a su cono querido. Lo demás parecía simplemente una abstracción jurídica.

Un amigo piola me indicó que las intenciones de los españoles bien podían medirse por el tamaño de las plazas en el nuevo mundo: si la plaza era grande, pues allí pensaban afincarse en términos definitivos. Un gran ejemplo es México. Y si la cuestión era saquear y luego irse, el Alto Perú, donde las plazas, inclusive la principal—estoy pensando en Potosí—apenas es más grande que un pañuelo de quinceañera. Testigo de aquél abandono es nuestro Cerro. Y toda Bolivia, porque a todos nos consta que somos quienes menos gustos cobijamos y que la sociedad que tenemos es la que quedó de la Audiencia. Desde entonces hemos ido perdiendo interés para las nuevas corrientes migratorias, al punto que hemos sido capaces, en los hechos, de prácticamente paralizar la dinámica del mestizaje consanguíneo. Se advierte, sin embargo, que el sincretismo cultural marcha con muy buen viento: la cultura occidental ha aprendido a gustar de la originaria y hasta se combina en su expresión. Esta compatibilidad nació en el encuentro de ambos mundos y se plasmó, con perfecto arte, en las fachadas y alturas de las iglesias católicas. Tiempo después se formuló el folclore que absorbe a nuestra juventud.

Si la historia de los bolivianos es una herida abierta, pienso que es mejor que nos asomemos cuanto antes a uno de sus bordes y miremos en su interior. Es mejor asumimos, a plenitud y cabalidad, que intentar ser lo que no somos educando a nuestros hijos ajenos al alma nacional. La evasión, que yo sepa, conduce únicamente a la depresión. A partir de allí que cada quien se aferre de alguna mano amiga.

En estos tiempos que corren aprisa, se advierte que lo importante no es entendido del todo. La memoria histórica es apenas nombrada, como si fuera posible ser producto tan sólo de ayer. Eso no es correcto. El boliviano no puede contentarse con tan poca cosa y debe bucear una memoria larga, verdaderamente histórica, capaz de forjar una columna vertebral en cada uno de nosotros. ¿Qué ha de sostenernos en pie si no apelamos a nuestra historia? Cada uno es lo que es, como se sabe. Y nosotros—prácticamente todos—somos hijos de la Colonia. ¿Estoy descubriendo alguna verdad? Y el símbolo de la Colonia es el Cerro Rico, a quien hoy le canto todo mi amor. Que esta certeza no se hunda, por favor.

## Mariposas amarillas

Qué saludable comprender que la realidad es apenas una anécdota que nutre sin cesar a la literatura. Los libros del Gabo así lo demuestran. La vida no es nada seria y, además de acabarse aquí mismo, dura lo que dura un sencillo parpadeo. Se podría afirmar, con una sonrisa vertical, que nadie entiende para qué todo este afán.

Ya ha pasado un tiempo considerable de aquella remota mañana en que comencé a leer Cien años de soledad. Para ese entonces, mis lecturas y mis juveniles experiencias me habían dado una visión de la vida, de cuánto podía esperar de ella y de dónde iba a acabar todo. Sin embargo, un extraño calor me invadió el pecho nada más empezar la novela. Yo, que por varias razones me consideraba ya un curado de espanto, descubrí que conservaba más que intacta la capacidad de sorpresa ante el hecho cotidiano y los giros atolondrados que suele dar el destino. Igual que el niño maravillado ante la presencia inaudita y quemante del hielo, quedé boquiabierto al comprender que no estamos aquí para sufrir, como establece la religión, sino más bien para en lo posible torcermos de risa ante la vertiente de sorpresas que nos regala esta existencia. Al respecto, otro escritor de esta nuestra América, Mario Benedetti, tiene un libro de cuentos con un título revelador dentro de la misma lógica: La muerte y otras sorpresas. Precisamente porque no sólo la vida es cojonuda sino también la muerte.

La literatura de Gabriel García Márquez es una construcción pausada que se remonta a la vida misma de sus abuelos. Quien quisiera estar al tanto de su biografía bien haría en leer desde sus primeros cuentos: Ojos de perro azul. La vida es una anécdota, ya lo sabemos, que los escritores de talento sin límite codifican y decodifican a gusto mientras ficcionan. En palabras de otro grande, Mario Vargas Llosa, el escritor saquea materiales a la vida misma para nutrir de ella su trabajo; el escritor es un buitre que se alimenta hasta de carroña. Y de los abuelos, el Gabo pasó a sus padres, como luego hizo uso de la historia violenta de su país (guerras civiles interminables, a continuación guerrillas eternas y laborfónicas), barajó todo con Faulkner, Hemingway, Woolf, y a partir de la influencia trabajó su originalidad. Esto último es muy propio del arte.

El Gabo fue construyendo una realidad verbal mientras se refa de los suyos con todo su gran amor. En La hojarasca, la gente no permite enterrar al médico que se negó a atender a los amolados por la represión a bala. En La mala hora, la misma gente empapela de pasquines el pueblo y revela sin más los secretos íntimos de tanto amor contrariado que hay en este mundo. En el cuento Isabel viendo llover en Macondo, la presencia del calor es tan contundente que el estudiantoso Volkening tuvo que dedicarle un ensayo que supo demostrar que aún los lectores rusos traspiraban mientras lo leían en su invierno sin igual.

Los cuentos de Los funerales de la mamá grande son reveladores en más de un sentido: el pueblo se va configurando; tiene un puerto por el que esperan ver llegar al Papa y tiene un

tren por el que se llevaron muertos a los trabajadores de la United Fruit. No sólo eso; el alcalde es la represión y el dentista, que es contestatario, le extrac una muela sin anestesia en señal de represalia ("Aquí nos paga algunos muertos, alcalde"). Es un pueblo sin ladrones pero sí con peligrosos contrabandistas y mujeres calumniadas que son un contento. Tiene una plaza y algunas calles, los alcaravanes cantan y dan la hora, hay ferias y más de un audaz pajpako camina con una vibora en el cuello vendiendo jabones contra la melancolía, igualito que en nuestra linda Cochabamba. El Gabo, para ese entonces, no sólo que ha advertido la presencia de una realidad insólita y maravillosa, sino que además reconoce la presencia de una mentalidad única: la realidad geográfica y social de esta parte del mundo que, sueltos de cuerpo, llamamos *Amérique Latine*, como quiso el francés Michel Chevalier.

También antes de su novela cumbre nos regaló El coronel no tiene quien le escriba, que es un real homenaje a la pobreza. Los veteranos de la guerra de los mil días esperan su renta de beneméritos, pero la espera es perfecta porque la renta no llegará jamás. Mientras tanto, el gallo de pelea heredado al hijo muerto en la represión camina muy tentador por el patio comiendo piedras menudas y algún grano de maíz. Mientras la esposa del coronel lo observa con la olla hirviendo, el coronel piensa que el gallo es un símbolo de lucha y resistencia. Sin embargo, mientras se espera la renta, ¿qué se come? La respuesta del viejo, seco de carnes, acostumbrado como nadie a llorar para adentro, llega como un pistoletazo: Macondo.

Con todo este cimiento, viga de arrioste y columnas se edificó acaso la novela más bella de nuestras letras, capaz de mirar a los ojos al Quijote de la Mancha: Cien años de soledad. Créame si les digo que es una real y verdadera vergüenza que alguien, en nuestra lengua, no la haya leído aún. El Gabo retoma el material de sus primeros libros y por fin le pone un nombre al pueblo: Macondo. Sus antiguos personajes se constituyen de nuevo y se alumbró el linaje sin par de los Buendía. Las guerras se vienen de la mano de la locura, y el amor febriliza sin descanso hasta lograr que la terna se imponga. Es una novela total en más de un sentido. Abarcadora, integral, capaz de anunciar al mundo cómo somos quienes nacimos por estos lares. Desde ese punto de vista, nos representa.

Después, el Gabo escribió otros hermosos libros, pero sin Macondo ni los Buendía, sino con nuevos materiales narrativos. Al mismo tiempo, trabajó para el periodismo libre y el cine, y ayudó, mucho más de lo que pensamos, en lo político. Pregonó sencillez y generosidad como nadie y se hizo amigo del mundo entero.

Y después dicen que se murió, que se fue al cielo rodeado de mariposas amarillas, como el joven Mauricio Babilonia. Para mí que es un cuento. Yo tengo mi propio Gabo metido en casa para siempre. Será por eso que las mariposas amarillas no se van de mi jardín.

**Gonzalo Lema.**  
Tarija, 1959.  
Novelista  
y narrador.





De su novela "La inmortalidad"

## El décimo primer mandamiento

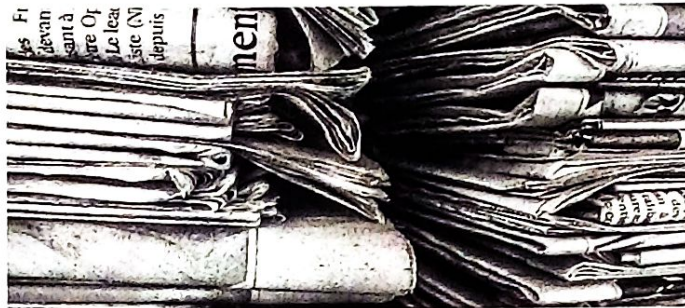
En otros tiempos había un gran hombre que simbolizaba la fama de un periodista: Ernest Hemingway. Toda su obra, su estilo conciso y concreto, tenía sus raíces en los reportajes que enviaba cuando era joven a un periódico de Kansas City. Ser periodista significaba entonces acercarse más que nadie a la realidad, recorrer todos sus rincones ocultos, ensuciarse las manos con ella. Hemingway estaba orgulloso de que sus libros estuvieran tan abajo, junto a la tierra misma, y al mismo tiempo tan alto, en el cielo del arte.

Pero cuando dice para su adentro la palabra "periodista" (y esa palabra denomina hoy en Francia incluso a los redactores de radio y televisión y hasta a los fotógrafos de prensa), Bernard no se imagina a Hemingway, y el género en que ansía destacar no es el reportaje. Más bien sueña con publicar en un semanario influyente artículos ante los que tiemblen todos los colegas de su padre. O entrevistas. ¿Quién es, por lo demás, el periodista más memorable de los últimos tiempos? No es Orwell, quien pasó un año de su vida con los pobres de París; no es Egon Erwin Kisch, conocedor de las prostitutas de Praga, sino Oriana Fallaci, quien entre 1969 y 1972 publicó en el semanario italiano L'Europeo un ciclo de conversaciones con los más famosos políticos de la época. Aquellas conversaciones eran algo más que simples conversaciones; eran duelos. Los poderosos políticos, antes de advertir que se estaban batiendo en condiciones desiguales—porque las preguntas podían hacerlas ella y ellos no—ya se retorcan K.O. sobre la lona del ring.

Aquellos duelos eran el signo de los tiempos: la situación había cambiado. El periodista comprendió que lo de hacer preguntas no era simplemente el método de trabajo de un reportero que realiza sus investigaciones modestamente con una libreta y un lápiz en la mano, sino un modo de ejercer el poder. Periodista no es aquel que pregunta, sino aquel que tiene el sagrado derecho de preguntar, de preguntarle a quien sea lo que sea. ¿Acaso no tenemos todos ese derecho? ¿Y no es acaso la pregunta un puente de comprensión tendido de hombre a hombre? ¿Quizá. Por eso preciso mi afirmación: el poder del periodista no está basado en el derecho a preguntar, sino en el derecho a exigir respuestas.

Fíjense bien, por favor, en que Moisés no incluyó entre los diez mandamientos el de "¡No mientas!" tiene que decir antes "¡Responde!" y Dios no le dio a nadie el derecho a exigir de otro una respuesta. "¡No mientas!", "¡Di la verdad!", son palabras que un hombre no debería decirle a otro si lo considera un igual. Quizá Dios sea el único en tener derecho a decirselas, pero no tiene ningún motivo para hacerlo porque todo lo sabe y no le hace falta nuestra respuesta.

Entre el que da órdenes y el que tiene que obedecerlas no hay una desigualdad tan radical como entre quien tiene derecho a exigir una respuesta y quien tiene la obligación de responder. Por eso el derecho a exigir una respuesta se otorgaba desde siempre sólo en casos excepcionales. Por ejemplo al juez que investiga un delito. En el siglo XXI se adjudicaron este derecho los estados fascistas y comunistas, y no en situaciones excepcionales sino para siempre. Los ciudadanos de esos países saben que en cualquier momento puede producirse una situación en la que serán llamados a responder: qué hicieron ayer; qué piensan en lo más oculto de su alma; de qué hablan cuando se encuentra con A; ¿es cierto que mantienen una relación íntima con B? precisamente ese imperativo sacralizado "¡Di la verdad!", ese décimo primer mandamiento, a cuya fuerza no pudieran resistir, los convirtió en marionetas de miserables infantilizados. Claro que a veces apa-



recía un C que no quería decir por nada del mundo de qué había hablado con A, y para rebelarse (con frecuencia era la única rebelión posible) decía en lugar de la verdad una mentira. Pero la policía lo sabía y montaba en secreto en su casa micrófonos ocultos. No lo hacía por motivos reprobables, sino para enterarse de la verdad que el mentiroso C escomoteaba. Sencillamente reivindicaba su sagrado derecho a exigir una respuesta.

En los países democráticos. Cualquiera le respondería sacando la lengua al policía que se atreviera a preguntarle de qué ha hablado con A y si mantiene relaciones íntimas con B. no obstante, aquí también el gobierno del décimo primer mandamiento se ejerce con toda energía. ¿Algún mandamiento tiene que gobernar a la gente en el siglo XX (cuando los Diez Mandamientos de Dios ya casi han caído en el olvido! Toda la estructura moral de nuestra época se apoya en el décimo primer mandamiento, y el periodista ha comprendido que gracias a una resolución secreta de la historia, debe convertirse en su administrador, con la cual adquirirá un poder con la que no soñaban ni Hemingway ni Orwell.

La primera que esto quedó demostrado con total claridad fue cuando los periodistas norteamericanos Carl Bernstein y Bob Woodward descubrieron con sus preguntas el juego sucio del presidente Nixon durante las elecciones, y obligaron así al hombre más poderoso del plante primero a mentir en público, después a reconocer en público que menta y finalmente a marcharse con la cabeza gacha de la Casa Blanca. Todos aplaudimos porque se hacía justicia. Paul aplaudía además porque en aquel episodio intuyó un gran cambio histórico, un hito, un momento inolvidable en el que se producía un cambio de guardia; aparecía un nuevo poder, el único capaz de destronar al viejo profesional del poder, que hasta entonces era el político. Destrozarlo no por las armas o



con intrigas, sino mediante la mera fuerza de la pregunta.

"Dime la verdad", dice el periodista y nosotros naturalmente podemos preguntarnos cuál es el contenido de la palabra verdad para aquel que administra la institución del décimo primer mandamiento. Para que no haya confusiones, subrayamos que no se trata de la verdad divina por la murió en la hoguera Jan Hus, ni de la verdad de la ciencia y el libre pensamiento, por la que quemaron a Giordano Bruno. La verdad que corresponde al décimo primer mandamiento no se refiere ni a la fe ni al pensamiento, es una verdad de

la planta baja de la ontología, la verdad puramente positivista de los hechos; ¿qué hizo C ayer?; qué el lo que de verdad piensa en lo más profundo de su alma; de qué habla cuando se reúne con A; y ¿mantiene relaciones íntimas con B? No obstante, aunque esté en la planta baja de la ontología, es la verdad de nuestra época y tiene la misma fuerza explosiva que en otros tiempos tuvieron la verdad de Hus o la de Giordano Bruno. "¿Ha tenido relaciones íntimas con B?" pregunta el periodista. C miente y dice que no conoce a B, pero el periodista sonríe en silencio porque un fotógrafo de su periódico hace ya tiempo que fotografió secretamente a B, desnuda, en brazos de C y sólo de él depende cuándo se hará público el escándalo, incluidas las frases del mentiroso C cuando afirma con cobardía y descaro que no conoce a B.

Empieza la campaña electoral, el político salta del avión al helicóptero, del helicóptero al coche, se esfuerza, suda, engulle su almuerzo a la carrera, grita por el micrófono, pronuncia discursos de dos horas, pero al final, siempre dependerá de Bernstein o de Woodward cuál de las cincuenta mil frases que pronunció llegará a las páginas de los periódicos o será citada en la radio. Por eso el político querrá aparecer en la radio o la televisión en directo, sólo que eso no es posible más que por medio de Oriana Fallaci, que es dueña y señora del programa y que será quien le hará las preguntas. El político querrá aprovechar el momento en que por fin le ve toda la nación y decir enseguida lo que siente, pero Woodward sólo le va a preguntar por lo que siente en lo más mínimo, por lo que no quiere ni mencionar. Se encuentra así en la situación clásica del bachiller al que han convocado a la pizarra y que intenta emplear el viejo truco: pondrá cara de responder a la pregunta pero en realidad hablará de lo que para la emisión preparó en su casa. Pero si este truco valía hace tiempo para el profesor, no vale ya para Bernstein, quien le recuerda implacable: "¡No ha respondido a mi pregunta!"

¿A quién le iba a interesar hoy la carrera de político? ¿Quién iba a querer que estuvieran toda la vida convocándolo a la pizarra? Desde luego no el hijo del diputado Bertrand Bertrand.

Milan Kundera.  
Escritor y novelista checo, 1929.





H. C. F. Mansilla

## Tradiciones culturales, élites convencionales y estética pública en América Latina

### Una visión heterodoxa

Consideraciones estéticas y preocupaciones éticas van a menudo juntas. Es imposible dedicarse a mejorar el mundo o a consagrarse a la celebración de la belleza artística, si uno no tiene respeto por la vida, el medio ambiente y el ornato público. En la época clásica grecorromana el goce estético de la naturaleza presupone la admiración de la armonía del cosmos y, al mismo tiempo, una vocación de servicio a la comunidad. La constelación contemporánea, signada por la explotación acelerada de todos los rincones del planeta y la devastación exhaustiva de sus recursos, exige un genuino y sostenido cuidado de los ecosistemas, lo que puede ser facilitado mediante un conocimiento adecuado de las grandes bellezas naturales. Esta es la mejor justificación del ecoturismo.

En América Latina los grandes usuarios y depredadores del medio ambiente desde los exitosos empresarios de la madera hasta los humildes campesinos que expanden la frontera agraria, pasando por la prospección minera tropical no practican una ética de este tipo ni se imaginan que esta última podría existir. Una moral ecologista tiene poco que ver con ideologías de izquierda. Una actitud *conservadora* puede ser interpretada también como favorable a la preservación del medio ambiente y de los ecosistemas naturales, la que es relativamente desconocida en América Latina.

Esta problemática está vinculada directamente con los valores de orientación de las élites dirigentes contemporáneas y con las normativas de actuación que se han desarrollado históricamente. Y aquí tenemos un fenómeno muy interesante: las clases altas en el Nuevo Mundo han ido modificando de modo considerable sus ideas rectoras en torno al tratamiento de la naturaleza y, sobre todo, acerca de su propia posición en el ámbito laboral. Aunque nos encontramos con un tema altamente complejo, cuyo tratamiento diferenciado puede despertar la impresión de un argumento esquizofrénico, es indispensable analizar las tradiciones culturales en el Nuevo Mundo y percibir simultáneamente sus aspectos positivos y sus lados negativos.

En contraposición a la época actual, durante la era premoderna la clase alta en la península ibérica y en las colonias poseía un genuino interés por el ornato público, por un estilo de vida propio y diferenciado y por el desarrollo de un arte y una literatura congruentes con su esfuerzo por sobresalir dentro de su medio. Las clases dominantes de la actualidad son, como se sabe, un conglomerado híbrido que no puede ni quiere disimular su origen plebeyo. Sus parámetros de orientación están influidos decisivamente por los medios masivos de comunicación, es decir por la chabacanería contemporánea. No han sabido crear una cultura propia y específica y han adoptado más bien las pautas de comportamiento, las preferencias y los gustos de las clases medias norteamericanas de corte provinciano. Es verdad que la aristocracia tradicional tuvo siglos para constituir su modo de vida y sus criterios depurados, sin tener que sufrir ni la crítica ni la competencia de otros grupos, sociales organizados. Pero también es cierto que los estratos privilegiados del presente disponen de medios financieros en una cantidad que la antigua nobleza nunca hubiera imaginado como posible, y de posibilidades de viajes, educación y diversidad de ofertas que son seguramente excepcionales en el decurso de la historia universal. Y es entonces sorprendente que el aporte cultural de las clases altas a la sociedad contemporánea sea tan terriblemente modesto.

La percepción instrumentalista de la modernidad ha contribuido a reprimir modos de comportamiento y organización, a los que ahora se les atribuye el carácter de lo anticuado y depasado por el rumbo pretendidamente inevitable del progreso material e histórico, los que, sin embargo, han simbolizado y encarnan todavía hoy en la literatura y en la memoria colectiva diversos fragmentos aun válidos de una vida más plena y humana, de una cosmología más sabia y de un convivencia más sana que los principios comparables derivados de la cultura de la modernidad.

La constelación actual es radicalmente diferente. Lo realmente grave reside en el hecho de que todas las capas sociales están exentas de consideraciones éticas y estéticas de largo alcance, los grupos privilegiados han renunciado a toda función de guía y ejemplo racional, y los estratos inferiores sólo quieren adquirir el nivel de vida y consumo al que creen tener un derecho moral e histórico. Por ello se puede afirmar, con peligro de equivocación, que hay un curioso paralelismo entre el campo de la estética y la esfera de la ética. La colectividad de nuestro tiempo premia el acomodo fácil y la integración al modo de vida prevaleciente, y rechaza al disidente, al que piensa y obra de modo autónomo, al que se desvía del grupo y al que exhibe espíritu crítico. En el campo del ornato público está mal visto que alguien desaprobe el ruido de las calles, las alarmas desbocadas de los vehículos y la fealdad de los medios de transporte. El que censura los cables eléctricos y telefónicos por encima de las calles, el desportillado aspecto exterior de las construcciones y las aceras, el poco amor por el detalle y los acabados en cualquier trabajo, resulta un extraño, un extranjero, un desadaptado. Y esta es claramente la actitud de las clases dirigentes, de los grupos medios y de los estratos bajos. Las élites plutocráticas actuales y los llamados movimientos sociales son *por igual* responsables por la declinación conjunta de la ética y la estética públicas.

Esta temática no concita la atención de los segmentos intelectuales y universitarios de las naciones latinoamericanas. No creo que varíe mucho en las próximas generaciones, aunque la mejor educación, la apertura al mundo exterior y la obra de los azares históricos pueden alterar las pautas de comportamiento y los valores de orientación criticados en este texto. La falta de la estética pública tiene directamente que ver con una imitación apresurada de una modernidad de segunda clase, que la mayoría de los latinoamericanos la considera como la obtención exitosa de los más notables modelos del progreso universal y hasta como una adaptación transformadora de los mismos con rasgos originales. Sobre todo en el área andina los estratos elitarios han resultado ser pueblerinos y provincianos. No tienen hoy una conciencia específica de clase, no cultivan una concepción plausible de su propia valía histórica, de sus tradiciones y gestas, no conciben una política de largo alcance para resguardar precisamente sus prerrogativas y logros, o por lo menos, para mantener el recuerdo de su existencia en la memoria histórica de la nación respectiva. Su desinterés por la moral y la estética es proverbial. Sólo les interesa la ganancia rápida, generalmente a costa del erario nacional, y el placer barato y circunstancial.

Los miembros de las clases altas se han consagrado sólo a la astucia y han dejado de lado la ética y la estética. Empero ninguna sociedad puede vivir razonablemente sin una concepción de moral que englobe el conjunto de la misma, sin un paradigma de desarrollo de largo aliento (por más modesto que este resulte) y sin una praxis de la responsabilidad individual frente a la colectividad y a la naturaleza, lo que significa considerar seriamente los derechos de terceros y en largos períodos temporales. También los populistas e izquierdistas están impacientes por adquirir el último cachivache técnico que viene

del odiado y envidiado Norte. Ante esta tecnofilia generalizada muy poco se puede hacer. Los apologistas de los regímenes "progresistas" prefieren extender sobre esta temática el cómodo manto del olvido y el silencio.

Así como antes era una blasfemia atribuir algo negativo al proletariado y a las clases trabajadoras, hoy es un pecado mortal afirmar que las etnias aborígenes pueden ser responsables por un desarrollo lamentable en numerosos terrenos de la vida social. Perviven así poderosos tabúes en la opinión pública latinoamericana y paradójicamente con más empeño en los estamentos universitario y académico.

Algunos detalles de esta temática se pueden aclarar mencionando fenómenos recurrentes en la región andina. Al lado de la grandiosidad del paisaje de las altas montañas se halla la chatura de la obra humana: la majestuosa cordillera como telón de fondo y la basura plástica anunciando la proximidad de los asentamientos urbanos. Lo más grave reside en el hecho de que nadie es consciente de este reino de la fealdad: ni los movimientos sociales, ni los partidos políticos (y menos los contestatarios), ni los intelectuales progresistas. Una labor importante de los medios de comunicación consistiría en llamar la atención acerca de la carencia de estética y ornato públicos en las ciudades y aldeas de la zona andina. Después de todo la vida es breve y no deberíamos dejarla transcurrir en un ambiente grosero, sórdido y deprimente.

La mayoría de los latinoamericanos, independientemente de su origen geográfico, social, político o étnico, es rutinaria y convencional en su vida cotidiana y en sus valores de orientación, pero no es *conservacionista* en la acepción ecológica: no cuida de manera conveniente y efectiva los vulnerables suelos y paisajes y más bien se consagra con genuino denuedo a destruir la naturaleza y a dilapidar los recursos naturales. A este respecto las élites plutocráticas, los partidos izquierdistas, los movimientos indigenistas y las corrientes revolucionarias no se diferencian en nada del resto de la nación respectiva. Casi todos los grupos sociales contribuyen, a veces sin sospecharlo, a una verdadera catástrofe medio-ambiental. Todos tratan de ensanchar la frontera agrícola incendiando los bosques tropicales, lo que significa llevar el progreso a la selva. Prósperos empresarios y trabajadores modestos son por igual responsables de este desastre. ¿Desastre? En el fondo todos están contentos – salvo algunos cultivadores marginales afectados directamente por el incendio –, pues ahora el terreno puede ser utilizado de manera mucho más rentable y fácil. También en el Brasil una superficie desboscada por el fuego es económicamente mucho más valiosa que una cubierta aun por la incómoda selva.

Parece existir una conciencia conservacionista sólo entre algunas tribus indígenas de los bosques tropicales, pero hasta esto es dudoso. Las civilizaciones precolombinas poseían un conocimiento admirable del modesto potencial de los suelos montañosos y los protegían aplicando un criterio ecologista, pero los sectores indígenas del presente dedicados a la agricultura y la ganadería (y a la producción de coca) son responsables de fenómenos muy extendidos de sobrepastoreo, tala de bosques y erosión de suelos. En la esfera del medio ambiente casi todos los latinoamericanos se destacan más bien por prácticas muy modernas de saqueo y destrucción de la naturaleza sin comprender los peligros inherentes a estos hábitos. Y el resultado estético está cercano al desastre: bosques incendiados, superficies taladas, terrenos erosionados. En una palabra: la muerte de la naturaleza rondando a cada paso.

Hugo Celso Felipe Mansilla. Argentina, 1942.  
Doctor en Filosofía. Académico de la lengua







## Calidoscopio callejero e histórico de Sucre

(fragmentos)



Sucre

FERNANDO SUÁREZ SAAVEDRA  
ILUSTRACIONES DE RAYMUNDO MELDIETA



### LOS BALCONES DE ANTAÑO

El amanuense gusta observar los balcones coloniales, tallados y solemnes, con madera de o color oscuro o claro, con hierro forjado o combinado con madera, grandes o medianos, pequeños y silenciosos. El caminante pensaba que los habitantes de esas épocas pretéritas construían balcones para que sus mujeres recibieran las canciones de sus amados, pero los historiadores le aclararon que esos lugares servían para observar las corridas de toros, los desfiles de los hispanos encima de sus caballos enjaezados, las fiestas de la Virgen de Guadalupe y otras festividades más. Y así constata el amanuense, pues encontró un documento en el Archivo Nacional por el que la Universidad de San Francisco Xavier, en 1790, resolvió: "hacer balconería en las paredes que cuen a la plaza" porque sostenían que "la gente decente y colegiales ya no miran los toros de los tablados sino desde los balcones". La propia casa de educación superior, tiempo después, alquiló sus balcones de la hoy denominada Casa Alzérreca para la fiesta de Guadalupe porque la corrida de toros se efectuaba en la Plaza Mayor. Sin embargo, otros documentos revelan que los habitantes de la Villa de La Plata también utilizaban para cantar coplas, debajo de los balcones, a sus bellas mujeres.

### LA FUENTE DEL INISTERIO

La mañana amaneció fresquita y románticamente neblinosa y el amanuense, se conoce que fatigado a resultas de sus esfuerzos de cartógrafo, se quedó en la cama hasta las ocho; antes, a la siete o siete y media, el caminante, se alimentó de un vaso de leche y un jugo de papaya; después, antes de volver a dormir, planificó ir a la fuente de la inteligencia. A cuatro cuadras del mercado central se encuentra la fuente del agua del Inisterio, en el camino se ubica el inmueble donde vivió el Presidente Mariano Melgarejo. El agua de esta fuente tiene la virtud, según aseguran quienes lo saben bien sabido, de otorgar inteligencia y audacia a la persona que lo prueba, y ésa fue la causa por la que muchos nativos bebían de esa fuente, así como de otros visitantes que conocieron de los poderes mágicos del agua maravillosa. Los sucrenses, cuando constataban la pobreza mental de los gobernantes, invitaban a beber el agua de la fuente del Inisterio. Ahora no se sabe si el agua que existe en esa fuente es la auténtica o la corriente.

### LAS SIETES "PATAS"

El amanuense, a punto de pintarse la luz sobre la ciudad, se hace otra vez al camino. Se anda bien y suelto a la mañana temprano, después de haber dormido plácidamente.

Antes de que el caminante visite otros lugares, los pájaros del cielo empiezan a cantar, jolgoriosos, mientras la luz pinta de mil colores la mañana; el amanuense, que es hombre de inclinaciones sencillas y hábitos románticos, camina en busca de las denominadas "Siete Patas", porque Sucre está edificada sobre siete pequeñas colinas. El investigador del folclore chuquisaqueño, Felipe Costas Arguedas, al hablar de las Patas de Sucre señala: "Creemos que los anteriores topónimos tengan una posible ascendencia incásica".

Lo curioso de las "Siete Patas" de Sucre es que se asemejan a las ciudades históricas de Constantinopla y Roma, que también crecieron sobre siete colinas. Por otra parte, hay estu-

diosos que aseguran que el número siete, en muchas culturas, es considerado mágico o profético. Las "Patatas" por las que camina el amanuense son llamadas en quechua Munaypata, Ch'arkipata, K'uripata, Surapata, Alalaypata, Wayrapata y Qunchupata.

Munaypata significa "colina de amor" o "colina de los enamorados" porque en esos lugares se amaban las parejas y ahora, de vez en cuando, retozan sin darse cuenta que algún curioso les observa. Esa colina se ubica en la zona de la Recoleta, el Guereo, las calles Suipacha, Oruro, Padilla y otras aledañas.

Ch'arkipata llamada "colina seca" o "colina arrugada". Existe una teoría que asegura que se la llamó así, porque su suelo era pizarroso ya que impedía el crecimiento de vegetación alguna. Comprende la región del convento de Santa Teresa, hogar de ancianos "25 de Mayo", escalinata de los héroes y carrera de Administración de Empresas de la Universidad de San Francisco Xavier.

K'uripata denominada "colina del bambú americano". En quechua k'uri significa caña brava, cuyos tallos largos utilizaban para cubrir interiormente el techo de las casas. Esta "Pata" abarca la zona del hotel Glorieta, primeras cuadras de la calle Urcullo, España, plaza Tarija, Cruz Verde y la iglesia de San Sebastián.

Surapata o "colina de la niebla o neblina". Se cree que así se la denominó porque la evaporación de las aguas de la vertiente del Inisterio ofrecía una niebla romántica y angelical. Abarca todo el morro de esa zona, el estadio Sucre, la actual Universidad Pedagógica y el inmueble de Santa Rita.

Alalaypata llamada "colina del frío". Se ubica en la plaza Eva Perón, cementerio general, zona de la facultad de Medicina, Hospital Gineco- Obstétrico, Tata Cajoncito, final de la calle Colón y la ex estación del ferrocarril.

Wayrapata señalada "colina de los vientos" o lugar donde sopla el viento. Abarca la zona de la cancha universitaria, la cárcel pública, calle La Paz, complejo educacional "Cardenal Maures", calle Serrano y adyacentes.

Qunchupata o "colina de los desperdicios", aunque otros lo llaman "colina de la borra" o "colina del agua turbia". Se llamó así porque los primeros habitantes echaban sus desperdicios, sus aguas servidas hacia esta colina. Abarca la plaza "25 de Mayo", la catedral, la Casa de la Libertad, Universidad, San Miguel, Santo Domingo, Banco de Crédito, Banco Nacional y próximos.

Esos barrios, donde se ubican las Siete "Patatas", se encuentran agazapados en las laderas, fingen la traza de un aburrido osezo tumbado al sol. Esos barrios son lugares callados y misteriosos, quietos y de color de nieve; tienen calles empedradas de guijarros, casas con techo de teja roja y balcones con hierro de muy airosa labor. A veces, las calles se cuelan por las casas, de lado a lado, y lo que asemeja un portal, termina en lóbrego pasadizo.

Fernando Suárez Saavedra. Sucre.  
Escritor y artista plástico.



De su libro autobiográfico "Un día de placer"

## La lavandera

Mi familia a pocos gentiles trataba. El único que había en el edificio era el portero. Todos los viernes venía a buscar su propina, su "dinero del viernes". Se quedaba en pie en la puerta, se quitaba la gorra, y mi madre le daba seis groschen.

Además del portero, estaba la lavandera gentil, que venía a casa a buscar la ropa sucia. Este relato, a la lavandera se refiere.

Se trataba de una mujer pequeña, vieja y arrugada. Cuando comenzó a hacer la colada de mi familia había ya rebasado los setenta años. Las mujeres judías de su edad, en su mayoría, estaban enfermas, débiles, con el cuerpo destrozado. Todas las viejas de nuestra calle tenían encorvada la espalda, y caminaban apoyándose en un bastón. Pero la lavandera, a pesar de ser menuda y flaca, poseía una fortaleza heredada, sin duda, de largas generaciones de antepasados campesinos. Mi madre le entregaba un gran fardo con la ropa sucia acumulada durante varias semanas. La lavandera levantaba en engorroso fardo, se lo ponía sobre sus estrechos hombros y emprendía el camino hacia su casa. También vivía en la calle Kroschmalna, pero en el extremo opuesto, cerca del barrio de Wola. Seguramente tardaba cosa de hora y media en llegar a allá, a pie.

Devolvía la colada unas dos semanas después. Mi madre jamás había estado tan contenta de los servicios de una lavandera. Todas las prendas resplandecían como plata bruñida. Todas estaban impecablemente planchadas. Y a pesar de ello, esta lavandera no cobraba más que las otras. Era un auténtico hallazgo. Mi madre tenía siempre preparado el dinero para pagarlo, ya que la mujer vivía lejos, y deseaba evitarle un segundo viaje al solo efecto de cobrar.

En aquellos tiempos, hacer la colada no era asunto fácil. La vieja lavandera carecía de agua corriente en su casa, y tenía que sacar el agua de un pozo, con una bomba. Para que la ropa blanca quedara tan limpia hacía falta frotarla a conciencia en un lavadero, dejarla en remojo en agua jabonosa, hervirla en un enorme caldero, almidonarla y plancharla. Cada prenda era objeto de las atenciones de la lavandera una diez veces, o quizá más. ¡Y el secado! No se podía dejar la ropa a secar en el exterior porque los ladrones se la llevaban la colada, con las prendas mojadas y retorcidas, tenía que ser transportada al terrado y colgada en cordeles o alambres. Durante el invierno, la ropa se ponía quebradiza como el vidrio, y poco faltaba para que se rompiera al más leve contacto. Y también surgían las discusiones con otras lavanderas o con las amas de casa que querían utilizar asimismo los alambres de colgar la ropa. ¡Sólo Dios sabe cómo se las arreglaba aquella viejecita para dar cima a cada colada!

La lavandera hubiera podido pedir limosna a la puerta de una iglesia, o ingresar en un asilo de ancianos pobres. Pero tenía este orgullo y este amor al trabajo con que muchos gentiles han sido afortunadamente dotados. La viejecita no quería ser una



carga, y, en consecuencia, aceptaba las cargas.

Mi madre sabía un poco de polaco, y la viejecita hablaba con ella de muchos asuntos. Me tenía gran cariño y solía decir que me parecía al Buen Jesús. Lo repetía siempre que venía a casa, lo cual motivaba que mi madre frunciera el entrecejo, y visitara para sí, sin apenas mover los labios: "Que sus palabras se pierdan en el desierto".

La lavandera tenía un hijo rico. He olvidado a qué clase de negocios se dedicaba el hijo rico de la lavandera. Estaba avergonzado de su madre, y jamás la visitaba. No le daba ni un groschen. La viejecita lo explicaba sin dar muestras del más leve rencor. Y llegó el día en que el hijo se casó. Al parecer hizo un buen matrimonio. La boda se celebró en la iglesia. El hijo no invitó a su madre a la ceremonia, pero la lavandera fue a la iglesia, y esperó en la entrada, para ver cómo su hijo llevaba a la "señorita" al altar.

La historia de este hijo ingrato impresionó profundamente a mi madre. Habló de ella durante semana, e incluso meses. El comportamiento de aquel hijo constituían no sólo una afrenta a la vieja lavandera sino a la institución de la maternidad globalmente considerada. Mi madre comentaba: "¿De qué sirve sacrificarse por los hijos? Una madre lo sacrifica todo por sus hijos, y éstos ni siquiera saben el significado de la palabra *gratitud*".

Luego, mi madre hacía siniestras insinuaciones, en el sentido de que no estaba muy segura del pago que sus propios hijos le darían. No había modo de saber lo que algún día le harían. Sin embargo, esto no impedía a mi madre dedicarnos su vida entera. Si en casa entraba algo bueno de comer, mi madre lo guardaba para sus hijos, y se ingeniaba todo género de excusas y razones para no probarlo siquiera. Mi madre sabía fórmulas mágicas que se remontaban a remotos tiempos, y empleaba expresiones transmitidas por generaciones

de madres y abuelas. Si uno de sus hijos se quejaba de un dolor, mi madre exclamaba: "¡Ojalá sea yo tu rescate, y que tu vida dure más que mis propios huesos!" también decía: "¡Ojalá sea la expiación de la más pequeña de las uñas de tus dedos!" cuando comíamos, solía decir: "¡Salud y buen tuétano en tus huesos!" en el día anterior al de la luna nueva nos daba cierta especie de azúcar que, según decía, tenía la virtud de ahuyentar las lombrices. Si a cualquiera de nosotros se nos posaba una mota en un ojo, mi madre limpiaba el ojo con su lengua. También nos daba azúcar cande para prevenir la tos, y de vez en cuando nos llevaba a que nos diera la bendición para evitar el mal de ojo. Esto no le impedía estudiar "Los deberes del corazón, El libro del Pacto", y otras obras filosóficas serias.

Pero volvamos a la lavandera. Aquel invierno fue muy duro. En las calles hacía un frío tremendo. En casa, a pesar de la estufa, tenía los vidrios de las ventanas cubiertos por el encaje de la escarcha, y el adorno de los carámbanos. Los periódicos daban noticias de gente que moría de frío. El carbón comenzó a escasear y a encarecerse. Tan duro llegó a ser el invierno que los padres de mandar a sus hijos al ceder, e incluso las escuelas polacas cerraron sus puertas.

Y, con aquel tiempo, un día, la vieja lavandera, que a la sazón tendría casi ochenta años, vino a casa. En el curso de

las anteriores semanas se había acumulado gran cantidad de ropa sucia. Mi madre ofreció a la lavandera una jarra de té para que entrase en calor, y un poco de pan. La viejecita se sentó en una silla de la cocina, temblorosa y estremecida, y se calentó las manos con la jarra de té. El trabajo, y quizá también la artritis, había deformado sus dedos, dejándoselos retorcidos. Tenía las uñas de un extraño tono blanquecino. Aquellas manos eran el testimonio de la tozudez del género humano, del empeño de seguir trabajando no sólo hasta el límite de las propias fuerzas, sino hasta más allá de lo que se puede. Mi madre contó las prendas y escribió la lista: camiseta de hombre, camisas de mujer, calzoncillos largos, bragas, enaguas, camisones, fundas de almohada, sábanas, y las prendas rituales, con flecos, de los hombres. Sí, aquella mujer gentil también lavaba las prendas santas.

El fardo era voluminoso, más voluminoso de lo habitual. Cuando la viejecita se lo echó a la espalda, casi quedó oculta bajo su carga. En el primer instante vaciló un poco, como si el peso fuera a derribarla. Pero causó la impresión de que una fuerza interior, tozuda, le dijera: "No, no puedes permitirte el lujo de caer. Un asno puede permitir que la carga le haga hincar la rodilla, pero el ser humano, el rey de la creación, no".

Daba miedo ver a la viejecita salir a paso vacilante, con su formidable carga, a la calle helada, en donde la nieve estaba seca como la sal, y en el aire había polvorientos remolinos blancos, que parecían fantasmas bailando en el frío. ¿Conseguiría la viejecita llegar a Wola?

La lavandera se perdió de vista, y mi madre lanzó un suspiro y rezó una oración por ella.

Por lo general, la viejecita entregaba la colada al cabo de





dos semanas, o, a lo sumo, tres. Pero pasaron tres semanas, luego cuatro y después cinco, y la viejecita no vino. Nos habíamos quedado sin ropa blanca. El frío había aumentado todavía más. Los hilos de teléfono parecían, ahora, gruesas cuerdas. Las ramas de los árboles semejaban vidrio. Tanta era la nieve caída que formaba en las calles una capa ondulada, y por muchas de ellas los trineos se deslizaban como si estuvieran en la ladera de una colina. Gentes de buen corazón encendía hogueras en las calles para que los vagabundos se calentaran o asaran patatas, caso de que las tuvieran.

Para nosotros, la desaparición de la lavandera representaba una catástrofe. Necesitábamos la ropa blanca. Ni siquiera sabíamos las señas de aquella mujer. Teníamos la certeza de que la lavandera se había al fin desmoronado, había muerto. Mi madre afirmó que había tenido el presentimiento de que jamás volvería a ver nuestra ropa blanca, en el momento en que la vieja lavandera salía de casa por última vez. Mi madre buscó y encontró viejas camisas rotas, y las lavó y remendó. Todos nosotros estábamos apenados no sólo por la pérdida de la ropa blanca sino también por la de aquella mujer vieja y desgastada por el trabajo a la que tanto habíamos llegado a querer en el curso de los años que había trabajado, tan honradamente, para nosotros.

Pasaron más de dos meses. Pasó la primera helada y, luego, vino otra, una nueva ola de frío. Un anochecer, mientras mi madre estaba sentada junto a la lámpara de petróleo, remendando una camisa, se abrió la puerta y en casa entró una gran bocanada de vapor, seguida de un gigantesco fardo. Bajo el fardo, se arrastraba la viejecita, cuya cara estaba más

blanca que una sábana. Unos cuantos mechones de cabello blanco salían de bajo el chal con el que también se cubría la cabeza. Mi madre soltó un grito ahogado. Parecía que un cadáver hubiera entrado en el cuarto. Corrí hacia la viejecita y la ayudé a dejar el fardo. Ahora estaba todavía más delgada, más encorvada. Con la cara más delgada, la cabeza se le movía en un temblor lateral, como si negara algo. No podía hablar con claridad, pero farfulló unas palabras con sus labios pálidos y sumidos.

Tan pronto la viejecita se hubo recobrado un poco, nos dijo que había estado enferma, muy enferma. No recuerdo cuál fue exactamente su enfermedad. Tan enferma se había puesto que alguien llamó a un médico, y el médico llamó a un cura. Otra persona comunicó estos hechos al hijo de la lavandera, y el hijo de la lavandera ofreció dinero para comprar un ataúd y pagar el entierro. Pero el Todopoderoso no quiso aún llamar a su lado a aquella alma torturada. La lavandera comenzó a mejorar, se puso bien, y no tardó mucho en poder tener en pie de nuevo, en cuyo momento volvió a lavar ropa sucia. Y no sólo la nuestra, sino también la de varias familias.

—El pensamiento de la colada no me dejaba descansar en paz, en cama. La colada no me dejaba morir —explicó la viejecita.

Como si de una bendición se tratara, mi madre le dijo:

—Con la ayuda de Dios, vivirá ciento veinte años.

—¡El Señor no lo permita! ¿De qué sirve vivir tantos años?

El trabajo resulta cada día más penoso...., las fuerzas me están abandonando... ¡Y no quiero ser una carga para nadie! La viejecita murmuró unas palabras, hizo la señal de la

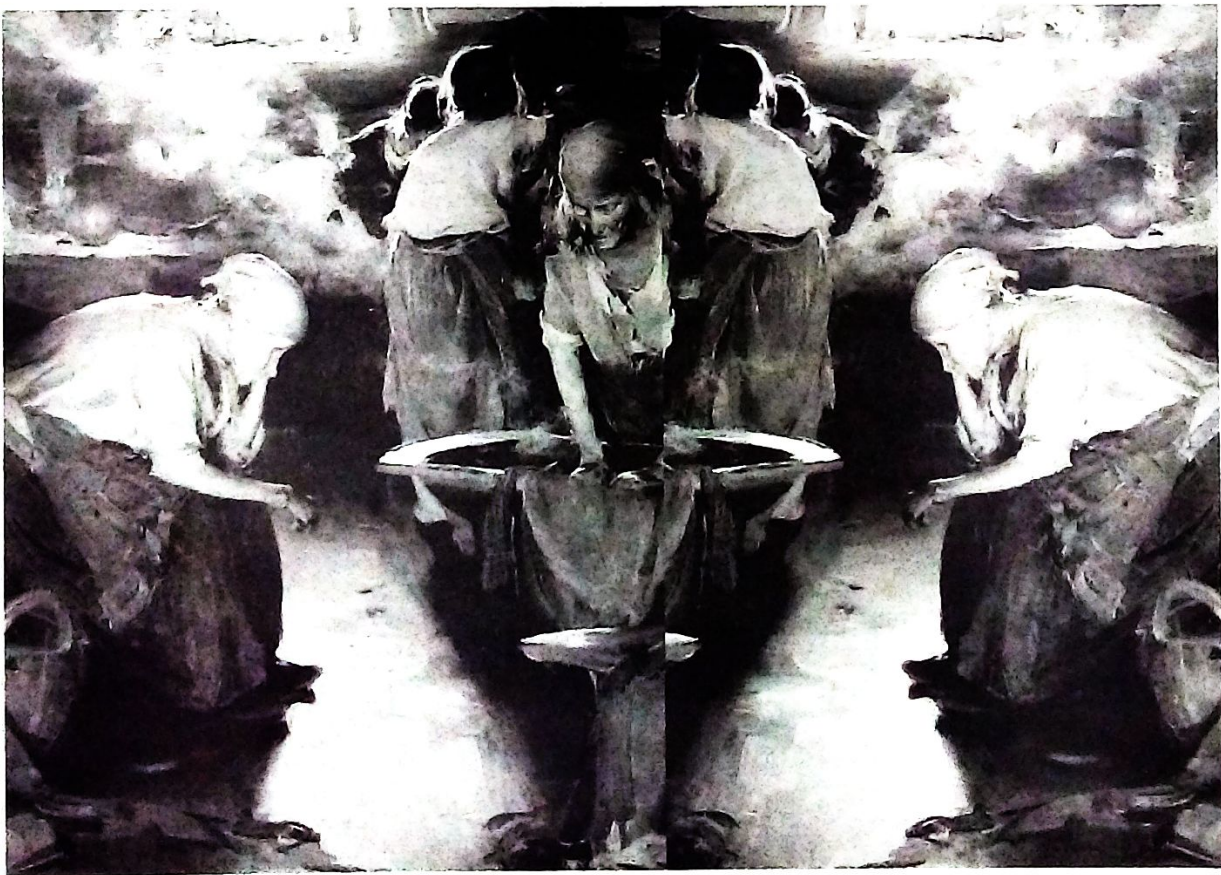
cruz, y elevó la vista al cielo.

Afortunadamente, en casa teníamos un poco de dinero, y mi madre contó unas monedas y pagó a la lavandera. En este momento, tuvo una extraña sensación. Las monedas, al pasar a la mano de la vieja lavandera, parecieron transformarse en una realidad tan desgastada, tan limpia y tan piadosa como aquella mujer. Sopló sobre las monedas, y las guardó en un pañuelito, cuyas puntas ató. Luego, se fue, prometiendo regresar al cabo de unas semanas para buscar la ropa sucia.

Pero no volvió. La colada devuelta representaba el último esfuerzo que aquella mujer hizo en este mundo. Una voluntad indomable la había inducido a devolver la ropa a sus legítimos propietarios, a cumplir el trabajo a que se había comprometido.

Y, ahora, por fin, su cuerpo, que durante largo tiempo no había sido más que un caparazón sostenida únicamente por la fuerza de la honradez y del sentido del deber, se había desmoronado. Su alma había ascendido a aquellas esferas en las que las almas santas se reúnen, prescindiendo de la función que hayan desempeñado en la Tierra, sea cual fuere su idioma, su credo. Soy incapaz de imaginar el Paraíso, sin la presencia de aquella lavandera gentil. Ni siquiera puedo concebir un mundo en el que un esfuerzo como el de aquella mujer no sea recompensado.

**Issac Bashevis Singer. 1902-1991.**  
**Escritor polaco en lengua yiddish.**  
**Premio Nobel de Literatura 1978**

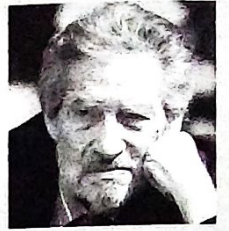






## Octavio Paz

Octavio Paz Lozano. Escritor, poeta y ensayista mexicano, 1914 – 1998. Premio Nobel de Literatura, 1990. Los poemas provienen de su último libro de versos. "Árbol adentro"



### Refutación de los espejos

Nunca nos vimos, yo le enviaba mis libros y él los suyos, nos escribíamos a veces, nos tratamos siempre de usted.

Leí su nombre por primera vez, hace más de cincuenta años, en *Espuela de plata*, hoja de poesía.

¿A quién espoleaba esa espuela? Caballito de palo, caballo de ajedrez, caballito del diablo, veloz zumbido azul montado por un jinete que segaba jardines de tinta con un largo silbido.

El jinete desmontó y, alzando el yelmo de yedra, descubrió un rostro hecho de catorce letras: yo vi, entre los chopos líquidos de las eles y los montes magnéticos de las emes, rodeado de vocales –sólo faltaba la u, caracol de la melancolía, ciervo enamorado de la luna– a José Lezama Lima, apoyado en su vara políglota, pastor de imágenes.

Me mostró un pobre cemento de corazón de león y me dijo: a un puente, un gran puente, no se le ve.

Desde entonces cruzo puentes que van de aquí a allá, de nunca a siempre, desde entonces, ingeniero de aire, construyó el puente inacabable entre lo inaudible y lo invisible. Nos tratábamos de usted pero ahora, al leer en xerox el manuscrito de *Fragments a su Imán*, lo tuteo.

Tú no me oyes ya, tú eres silencio más allá de sentido y sin sentido, tú estás más acá de silencio y de ruido, no obstante, puesto que has escrito: *sólo existen el bien y la ausencia*, tú existes y te tuteo.

Si el Agua Ígnea demuestra que la imagen existió antes que el hombre, tú eres ya tu Imagen.

Has vuelto a ser lo que fuiste antes de ser José Lezama Lima: el bien y la ausencia en una sola imagen.

Tú dices que *lo lúdico es lo agónico* y yo digo que lo lúdico es lo lúcido y por eso, en este juego de las apariciones y las desapariciones que jugamos sobre la tierra, en este ensayo

general del Fin del Mundo que es nuestro siglo, te veo:

estás sentado en una silla hecha de una sola nube de metal polisemio arrancado a la avaricia del diccionario, y tus ojos contemplan tu poema –o es tu poema el que contempla las visiones de tus ojos?– sea lo uno o lo otro, te veo: teatro de las metamorfosis, cámara de las transformaciones, templo del triple Hermes.

Por tu cuerpo corren las sustancias enamoradas de su forma, giran los elementos en busca de su imagen, perpetuas revoluciones del lenguaje que sólo habita la forma que inventa para devorarla y seguir girando.

Sí, tú eres la gran boa de la poesía de nuestra lengua que al enroscarse en sí misma se incendia y al incendiarse asciende como el carro de llamas del profeta y al tocar el ombligo del cielo se precipita como el joven Factonte, el avión fulminado del *Sueño* de Sor Juana.

Sí, tú eres el pájaro que perfecciona el diccionario y que plantado sobre la piedra de las etimologías, canta –¿y qué dice su canto?, dice: *cúacúa cúacúa*– lo lúcido es lo lúdico y lo lúdico es lo agónico.

Sí, tú eres, como el gato de la bruja de Michelet, *el lugarteniente de los participios* en la noche llena de esdrújulos.

Sí, tú eres el guardián del Spermatikos Logos y lo preservas, como tu maestro Carpócrates, de la tiranía del cosmócrata.

Los espejos repiten al mundo pero tus ojos lo cambian: tus ojos son la crítica de los espejos: creo en tus ojos.

Aunque *no esperas a nadie*, insistes en que *alguien tiene que llegar*: ¿alguien o algo, quién o qué?

Preguntas al muro y el muro no responde y tú rascas al muro hasta que sangra y muestra su vacío: ya tienes la *compañía insuperable*, el pequeño hueco donde caben tú y tus Obras Completas y tus fantasmas.

Ese Agujero no es el espejo que devuelve tu imagen: es el

espejo que te vuelve Imagen, aquel o aquello que fuiste antes de ser José Lezama Lima, pastor entre fuentes de eles y colinas de emes.

Ya entraste en *el espejo que camina hacia nosotros*, el espejo vacío de la poesía, *contradicción de las contradicciones*, ya estás en la casa de las semejanzas, ya eres, a los pies del Uno, sin cesar de ser otro, idéntico a ti mismo.

José Lezama Lima: *qué pocos son capaces de pedir*, como tu amigo Víctor Manuel, *un regalo para regalarlo*.

Yo lo he imitado y te pedí un manojito de frases: te las regalo para que te reconozcas –no como el que escribió esas frases sino como *aquel-tú-mismo* en que ellas te han convertido.

### Aunque es de noche

La noche,  
a un tiempo sólida y vacía,  
vasta demolición que se acumula  
y sobre la erosión en que se anula  
se edifica:  
la noche, lejanía  
que se nos echa encima, epifanía  
al revés.

Ciego, el ojo capitula  
y se interna hacia dentro,  
hacia otra nula  
noche mental.  
Acidia, no agonía.

Afuera, perforada de motores  
y de faros, la sombra pesa menos  
que este puño de sílabas.  
Azores  
que suscito en la página.  
Los frenos de un auto,  
La ciudad, rota en mi frente,  
despeña su discurso incoherente.



Escribí poemas, no poesía, porque se puede discutir interminablemente sobre la segunda mientras que no es difícil convenir en el significado de la palabra poema: un objeto hecho de palabras, destinado a contener y secretar una substancia impalpable, reacia a las definiciones. llamada poesía. (Octavio Paz en *La otra voz*).



Jorge Ordenes Lavandenz

## La adversidad en la novelística de Alcides Arguedas, vívida y vigente

"La narrativa del pensador boliviano Alcides Arguedas Díaz viene a ser un llamado al orden y a la legalidad, sobre todo con respecto al Artículo 7 de la Constitución Política del Estado -que, entre otras cosas, estipula el derecho a una remuneración justa por el trabajo realizado. Las novelas de Arguedas son también un pedido simbólico a los bolivianos a dejar de jugar a tener un país, y un postulado doloroso de edificación de Bolivia lanzado desde un positivismo social crítico en boga en América durante las primeras décadas del siglo veinte"  
(Jorge Ordenes Lavandenz - Académico de la Lengua)

Segunda de 10 partes

El color rojo, el "sol muriente", las "tintas en rosa", los "cerros grises", los "restos de nieve", denotan la tónica esencialmente, pesimista, triste y frustrada de Arguedas. El lector capta la insinuación estética estructurada en un afán sociológico: el rojo significa sangre, sufrimiento, adversidad; el gris denota senectud, desuso, decadencia; el blanco de la nieve representa la magnitud del escenario de la Cordillera de los Andes. Luego la escena se enriquece súbitamente con el ingreso de la señora india Wata Wata cuyo rostro se muestra "requemado por el frío" y por "el cortante aire de la sierra".

¿Podríamos argüir que el ambiente arguediano se muestra adverso al indio? En primera instancia diríamos que no, ya que el indio y el altiplano, la sierra, se identifican desde hace siglos; sobre todo antes de la Conquista europea. En segunda instancia debemos decir que sí, porque en esa circunstancia geográfica el indio cuenta con pocos recursos o, mejor dicho, se le limitan los recursos que posibiliten su reivindicación. De ahí que Arguedas insista en un clima hostil y adverso a las necesidades y aspiraciones de superación y dignidad del autóctono. Otros autores bolivianos, alejándose de Arguedas, aluden a lo hostil, pero sin descartar el encanto del Altiplano. A manera de comparación veamos lo siguiente: "Es la tristeza hecha tierra, imagen que, a manera de una definición gráfica de la gran meseta, ha sido repetida por otros escritores... La nota grave, serena, monótona y triste es la que, en efecto, predomina en el paisaje altiplánico; y sin embargo, dentro de ella misma. ¡Cuántos matices hechizados de atracción y profundo encanto...!"(7)

Jaime Mendoza describe la tristeza como consustancializada con la tierra; aunque esa tristeza a tierra se eleve sentimentalmente en virtud a la adjectivación de encanto -lo que denota una voluntad menos entristecida e entristeciente que la de Arguedas. Esa alusión al encanto está ausente en Alcides Arguedas, ya que su intención es asociar la melancolía del paisaje con las condiciones adversas en que desvive el indio:

El lago, desde esa altura, parecía una enorme brasa viva. En medio de la hoguera saltaban las islas como manchas negras, y en el estrecho de Tiquina, encajonado al fondo entre dos cerros fingían muros de un negro azulado; daba la impresión de un río de fuego viniendo a alimentar al ardiente caudal de la encendida linfa. La llanura escueta de árboles, desnuda, alargábase negra y gris en su totalidad. Un silencio envolvía la extensión y difrase muerto el paisaje, sí de vez en cuando no se oyese a lo lejos el medroso sollozar de la quena de un pastor.(8)

Descontando el afán preciosista de Arguedas, propio de su época en otros novelistas como Manuel Díaz Rodríguez, Carlos Reyes, Enrique Larreta, Rafael Arévalo Martínez, Augusto D'Halmar, Pedro Prado, Ángel Estrada, Enrique Gómez Carrillo, y otros, observamos su preferencia por el color rojo, por su asociación con lo atemperado; en contraste con lo característicamente frío de la región geográfica que describe. "Difrase muerto el paisaje", aunque más bien ese paisaje se reivindica en lo estético y arrollador del "sollozo de la quena de un pastor". Tierra ingrata y pastor se confunden en una posibilidad ecléctica que habilita el camino a la acción civilizadora, a la posible reivindicación. Tal conjunción se torna menos preciosista, y más sociológica mente militante en pos del cambio, en la novelística posterior a la de Arguedas, y en función a su contribución pionera. Así, a manera de comparación, en Aluvión de fuego: "El altiplano de lomo hirsuto, que peinan chúcaros vientos de la cordillera, se mostraba encendido por



ese sol de vidrio de las mañanas. Melodía de charangos y de ponchos en que se perciben infinitos resplandores musicales, que son como un cabrilleo electrizado y lunar que produce el contrapelo de los jaguares".(9)

Aluvión de fuego fue escrita cuando el cruce de corrientes narrativas regionalistas, esteticistas, y aún súper-regionalistas, era un hecho en la novelística hispanoamericana, junto al planeto social, político y económico de los países.

En la novelística de Arguedas, el agua, por ejemplo, en sus diferentes manifestaciones, comparte el contexto con el fondo de tierra para dotarlo de fuerza, voracidad y hasta patetismo. El mar, en constante diálogo con las canteras de Pisagua, se niega a permanecer boliviano: "Eran las doce del día. Un sol quemante y asfixiador caía a plomo sobre la cabeza de los combatientes que doblegados, rendidos por el cansancio, aún peleaban (...). El mar, tranquilo hasta entonces, comenzaba a irritarse dando golpes sobre las rocas donde estaban encubiertos los bolivianos, que diezmados..."(10)

El mar no quiso ser boliviano. El cansancio de Bolivia era histórico. La incompetencia castreña de algunos militares bolivianos se manifestaba desde entonces. La mayor parte de los sectores civiles tampoco descollaron en la defensa del Litoral, excepto en Calama, con los civiles Eduardo Abaroa, y otros. La mayor parte estaba enfrascada en luchas internas que tenían como escenarios el medio rural y urbano, con secuelas de pugnas y violencias hasta entrado el siglo veinte.

El indio llevó la peor parte. Los cuatro indios viajeros, de la primera parte de Raza de bronce, lo significan: cumplir con el mandato del terrateniente, pese a todo, para lograr sobrevivir en terrible adversidad: "Hay una profunda actitud revolucionaria en el esquema general de Raza de bronce. La descripción telúrica corresponde al paisaje social, en lo político".(11) El campesino oprimido se ve obligado a proteger los intereses del hacendado opresor de apellido Pantoja:

Llegó la noche. Una noche oscura, perfumada y fría. Los viajeros descargaron las bestias... tendieron mantas... ya poco se elevaron los ronquidos fuertes y nada acompañados. Despertaron a eso de media noche, tirando de frío. Una obscuridad profunda e impenetrable rodeaba todo y se oía caer con fuerza el ruido de una lluvia torrencial. Despertaron mojados, y se dieron prisa en colocar la carga bajo el albir del techo, del que caían hilos de agua tibia. (12)

Lo mismo expuso, a su modo, en su momento, sobre el

medio puneño, el novelista ecuatoriano Jorge Icaza, sobre todo en su novela Huasipungo (1934). Y sobre un medio tropical, lo hace también el novelista colombiano José Eustasio Rivera, en su novela La vorágine (1924). Icaza escribe así:

Anochece en las montañas cuando los indios... llegaban desfallecidos y chorreando agua por las esquinas de los ponchos al gupón donde pasaban la noche. La lluvia que arrecía por momentos, el croar de las ranas, el viento que silba en el chuzón desvencijado y el silencio de los peones que se van acurrucando uno a uno por los rincones de la estancia hace más angustiosa la hora...(13)

Los indios de Arguedas, camino del Altiplano a los valles, rememoran adversidades en primera persona, atildando el mensaje de protesta:

Entre tanto, el ruido del río crecía más y más. Era como si cajones enteros de cohetes reventasen en el espacio... De repente me pareció sentir que el agua entre mis pies tomaba mayor violencia e iba aumentando de caudal. Al mismo tiempo hacia la playa sentía ruidos intermitentes y poderosos... ¡Conocía de sobra ese ruido! Una vez que se le oye, ya no se le confunde más con ningún otro... se nos venía encima la mazamorra... Al amanecer no quedaba casi nada del pueblo.(14)

Los poblados son mayormente de indios, y cuando se produce el desastre, son ellos los que mueren, y no los hacendados que viven en las ciudades. La injusticia rinde su veredicto en medio de toneladas de lodo e infortunio. "El río es traicionero, veloz e implacable, hoy corre por aquí, socava el terreno y lo derrumba. En vano se ponen muros a su veloz corriente, ¡oh, ellos bien conocían el río! Toda su vida no era sino una constante lucha contra él. Lucha tenaz, porfiada, perenne, eterna ¡Pero él siempre triunfante, siempre desbastador, siempre terrible!"(15) Al intentar salvar una acémila que había caído en la corriente, se aboga el indio Manuno, quien "ciego ante el peligro, dejó la recua y se lanzó corriente adentro, en auxilio de su bestia... llegó un mullido horrendo que nada tenía de humano".(16)

A manera de comparación, veamos cómo el novelista colombiano José Eustasio Rivera describe una muerte similar, también en son de protesta social: "... el embudo trágico [de una cascada] los sorbió a todos. Los sombreros de dos naufragos quedaron girando en el remolino... El espectáculo fue magnífico. La muerte había escogido una muerte nueva contra sus víctimas, y eran de agradecerle que nos devorara sin verter sangre, sin dar a los cadáveres livores repulsivos".(17)

continuará

7. Jaime Mendoza, El maízro boliviano (La Paz, Bolivia: Ministerio de Educación y Bellas Artes, 1957), p. 33.
8. Raza de bronce, p. 10.
9. Oscar Cerruto, Aluvión de fuego (Santiago de Chile: Encilla, 1935), p. 31.
10. Alcides Arguedas, Pisagua, Obras Completas, I (La Paz, Bolivia: Aguilar, 1959), p. 81.
11. Porfirio Díaz Maschicao, El ateneo de los muertos (La Paz, Bolivia: Bonhali, 1956), p. 24.
12. Raza de bronce, p. 26.
13. Jorge Icaza, Huasipungo (Buenos Aires: Larutano S.R.L., 1948), p. 29.
14. Raza de bronce, p. 28.
15. Raza de bronce, pp. 37-38.
16. Raza de bronce, pp. 39-40.
17. Eustasio Rivera, La vorágine, México: Diana, S.A., 1958), p. 129.



# EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Responsable: Gabriel Salinas Padilla

## En torno al carácter de la música en Bolivia

Alberto Villalpando

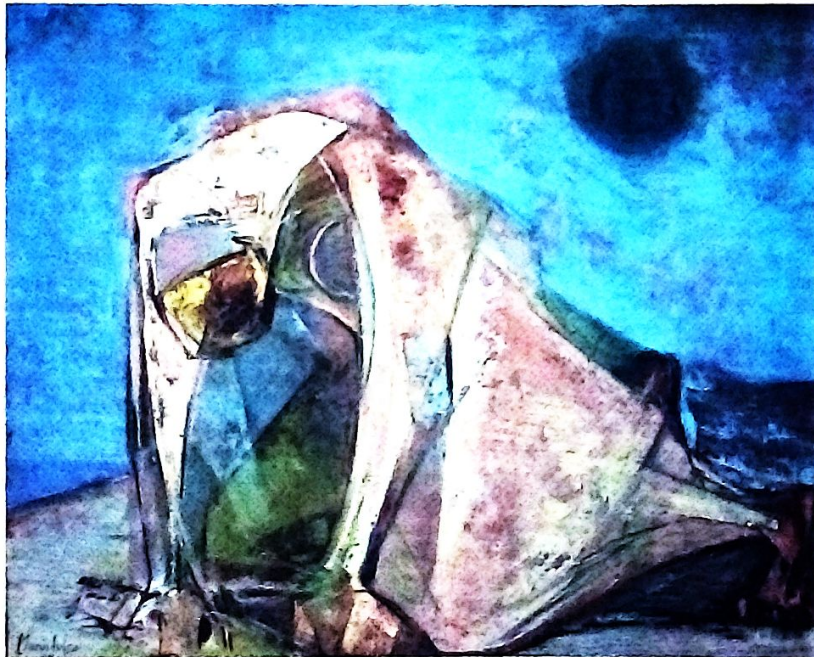
### Primera parte

Para manifestarse en el mundo sonoro que lo circunda, dos son las formas con que el hombre deja oír su ruido: la oposición y la mimetización.

La desolación puede, musicalmente, ser un sinónimo de silencio, y este silencio musical nos parece la contaminación de una música remota e infinita, de una música siempre presente, allí, donde no es concebible la desolación. Este silencio es el que reina en las montañas bolivianas. Un silencio ominoso, acentuado —más bien limitado— por el viento. En efecto, el mundo sonoro de la montaña y del altiplano es el viento, que nace en el silencio para perderse en él. Tenemos así, una primera determinante musical: todo ruido o sonido está limitado por el silencio, entendiéndose este silencio límite en sentido espacial. Un sonido no se pierde, como sucede en otros ambientes, en

el ruido mismo, sino que se pierde en el silencio. Y el viento, ese segundo límite, pero que lo es del silencio, se lleva consigo a ese empobrecido ruido, confirmando su potencia y acentuando el silencio. En electroacústica, existe un aparato llamado generador de ruido blanco. Por analogía con la óptica, el ruido blanco comporta las ondas sonoras de toda la gama audible. Cuando en esta ensanchada banda, que va desde los dieciséis ciclos por segundo hasta los veinte mil, se elige un sector, por ejemplo desde los doscientos hasta los diez mil ciclos por segundo, se dice que se trata de un ruido coloreado. Aunque esta es una de las varias formas de colorear un ruido, bástenos como ejemplo.

El ruido que produce el viento del altiplano y de las montañas bolivianas encuentra en su ímpetu o en los accidentes con los que tropieza una vasta posibilidad de colorearse. Desde aquellos ruidos sibilantes, tan próximos al sonido de una flauta, hasta aquellos ruidos violentos como si se tratase de un torrente —el viento pareciera un gigantesco ins-



trumento que resuene en ese dilatado ámbito del silencio. En la amplitud del paisaje emerge el ruido del viento sin ubicuidad alguna, pareciendo a veces que persigue al silencio y otras que es perseguido por él. Por ello, un visitante atento a estos ruidos busca con cierta avidez el lugar en que se produce tal o cual ruido, sin nunca poder precisarlos. Y este ruido, casi milagroso, en su intento de escapar de la ansiedad con que la quietud y el silencio quisiera apoderarse de él, ejercita un enloquecido desplazamiento que lo lleva hacia los valles, a resonar en otro ambiente, para luego desaparecer en aquel aire más cálido.

Bajo estas consideraciones, nos será ahora más comprensible el fenómeno musical del altiplano. En efecto, el hombre altiplánico buscará previamente ubicarse musicalmente en el mundo sonoro que lo rodea. Ya hemos hecho alusión a la falta de ubicuidad de los ruidos del viento, por ello el altiplánico se inclinará por crear grandes masas de sonido, volúmenes estables y persistentes de sonido. No requerirá de un gran

desplazamiento físico al hacer su música. Este es uno de los factores determinantes para el estatismo de las danzas altiplánicas y para la rigidez rítmica. Por estas características la música tradicional de esta zona de Bolivia es vigorosa, porque busca oponerse al ambiente sonoro que lo circunda. Desconoce los factores de la dinámica musical (gama existente entre la oposición de sonidos fuertes y sonidos suaves), porque requiere de un nivel estable en su masa sonora que le impida perderse en la distancia. Y, finalmente, la práctica musical (el hecho de tocar) se dilatará en el tiempo con el fin de vencer al silencio.

Aquí cabe preguntarse el por qué de la falta de instrumentos de cuerda en estos sólidos conjuntos musicales altiplánicos.

Sin duda, uno de los orígenes del arte es la imitación. Y ¿qué ruidos puede imitar el altiplánico? No otros que aquellos que produce el viento,

puesto que esa, y no otra, es la relación del sonido que tiene el habitante de esta región. Ese es el ruido que conoció y con el que pretenderá comunicarse y explicar su mundo emocional. No es difícil entonces comprender que así como el viento pulsa el silencio del altiplano para crear un ruido que transmite algo que no sabe qué es, pero que habla del ruido como si fuese una presencia casi divina, así los hombres buscarán crear un viento que diga aquello que ellos quisieran que se diga. Y, venciendo sus escrúpulos y, en cierta medida, imitando el ruido que oyen, hacen de sí mismos creadores de sonido con el soplo que ellos pueden producir. Por lo tanto, el hombre altiplánico imita su mundo sonoro en tanto que productor de su ruido, y se opone a él en tanto que creador musical. Como productor de ruido imita al viento, como creador musical suscita una presencia sonora destinada a vencer al silencio, ubicándose estáticamente en el espacio para que su ruido no se vea desplazado por el viento. (Fuente: Revista Vertical No. 1, 1983).